















































tos, sobre pedestal, dos ángeles de escultura, imitados a la materia de mármol, que ejecutó un profesor de aquí llamado don José Puchol". (Tomo IV, Carta IV).

Claro que hay diferencias entre el altar de Valencia y el de Puebla, pero son más los parecidos. Hay en Puebla ocho columnas; las pilastras de Valencia las separa Tolsá y las convierte en columnas; los capiteles son corintios y dorados; los niños de la cornisa son ángeles en Puebla, que igual da; las varias piedras del de Valencia son los varios mármoles de Puebla y los ángeles de Puchol son aquí doctores de la Iglesia, pero también "imitados a la materia del mármol" ¿Para qué recurrir a Bernini y a Pozzi —paradigmas del barroquismo— en este altar, que, aunque bastante barroco, es cierto, tiene el antecedente de su maestro José Puchol?

Los otros capítulos del libro son excelentes: el del Caballito, el de sus obras menores y el final, con su muerte y la apreciación valorativa de su obra, grandiosa para México y para España. Es lástima que a la nutrida bibliografía falten los interesantes documentos publicados en el *Boletín* del Archivo General de la Nación, Tomo IV, número 1, de 1935.

Por último sólo recuerdo que entre las obras menores, pero magníficas, de Tolsá como escultor, hay que recordar "las cuatro de Ntro. Sr. Jesucristo con cruces y pedestales de bronce dorado del mejor gusto, cuyo costo ascendió a 10.000" y que regaló a la catedral de Morelia el obispo Moriana y Zafrilla para los cuatro altares del ciprés. Se conserva uno, cuando menos, en la Sacristía. También hay que añadir las piras funerarias del arzobispo Núñez de Haro, de 1802 y la del arzobispo Lizana, de 1812, esta última conservada y usada hasta más de mediados del siglo XIX.

F. de la M.